CABALLERIA.

El obispo daba al nuevo caballero la espada desnuda, diciéndole: "Recibid esta espada en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo: servíos de ella para vuestra defensa y la de la Santa Iglesia de Dios y para la confusión de los enemigos de la fé de Jesucristo, y en tanto que lo permita la fragilidad humana no hirais á nadie injustamente."

El nuevo caballero se levantaba, blandia su espada, la limpiaba sobre su brazo izquierdo y la metía en la vaina. Entónces el Pontífice le daba el beso de paz, diciéndole: "La paz sea contigo." Después con la espada desnuda en la mano derecha, daba tres golpes suaves en la espalda al nuevo caballero, diciéndole una sola vez: sed un guerrero pacífico, valiente y fiel. Los caballeros asistentes le calzaban las espuelas, mientras decía el obispo: "Tú que sobrepasas en hermosura á los hijos de los hombres, cíñete tu espada á la cintura, valiente guerrero."

El escudero [aprendiz de caballero] se ensayaba en saltar armado sobre un caballo sin poner el pié en el estribo, en hacer largas expediciones á pié, en cargar grandes pesos, en escalar alturas, ayudado solo de sus brazos y piernas, y en esgrimir las armas en duros ejercicios con los otros escuderos; había escuderos de honor, de cámara, de caballería, etc.

Los escuderos tenían la obligación de acompañar á su señor á todas partes, auxiliarle en los peligros y responder de los prisioneros que se les confiaban.

Respecto á las damas, si bien el caballero tenía como deber sagrado respetarlas y venerarlas, cuidando hasta en sus ápices de todo lo que corresponde á la pureza, y al honor ellas rodeaban de atenciones y finezas á caballeros conocidos y desconocidos, que llegaban á sus castillos.

Les desarmaban con sus propias manos al regreso de los torneos y combates, les procuraban ropa perfumada, capas lujosas bordadas por ellas, les ofrecían agua para el aseo, les servían la mesa. Educadas para esposas de caballeros, se esforzaban en realzar las virtudes que ellos encarecían como superiores en las distinguidas matronas.

Lo que se llamaban córtes de amor, no eran sino discusiones solemnes sobre la galantería y bien obrar de damas y caballeros.

Cuando un caballero faltaba á la fé jurada y á las leyes del honor, se le exponía en camisa sobre un tablado y así veía despedazar una á una sus armas y arrojar al fuego sus espuelas, se ataba su escudo á la cola de un caballo para que fuese arrastrado por el suelo.

Por tres veces preguntaba el Heraldo de armas: ' ¿quién está ahí?" y tres veces se le respondía el nombre del caballero; el Heraldo decía: "No, eso no es cierto, no hay aquí caballero, yo no veo sino á un cobarde que ha faltado á su fé." Llevado en seguida á la iglesia como á un cuerpo muerto, el culpable oía el oficio de difuntos, porque habiendo perdido el honor, no era ya mas que un cadáver.

El juicio de Dios se verificaba del modo siguiente:

Señalado el día de la batalla, los combatientes, acompañados de sus padrinos, se presentaban en la liza acompañados de un sacerdote con las lanzas en las manos, espada y dagas ceñidas.

Los dos se ponían de rodillas frente á frente y con las manos enlazadas, cada uno de ellos juraba á su vez sobre la cruz y el Evangelio, que él solo tenía el buen derecho y que su enemigo era falso y desleal.

En seguida un heraldo publicaba á los cuatro vientos lo hecho, recomendando á los espectadores la inmovilidad y el silencio.

El mariscal de campo, teniendo á los enemigos en la liza, gritaba tres veces: "Dejadlos ir," y el combate podia empeñarse desde medio día *hasta el aparecer de las estrellas.*

Los vencidos eran arrastrados por los piés fuera del campo.

Veamos ahora en cuanto á los torneos, que no eran sino pasatiempos violentos, al decir de los cronistas de aquella época.

En general se anunciaba ó proclamaba el torneo, con motivo de alguna gran festividad *á cuerno y á grito*, variando de carácter segun el país en que se verificaba.

En Francia, la lanza del torneo, debía ser de madera fina y flexible con su punta de acero y su banderola flotante. En Escocia y Alemania, la arma era más pesada, terminando con un fierro macizo de figura de pera. Es necesario no confundir el torneo que se elegía como fin de fiesta. La liza era ú oblonga ó cuadrada y se adornaba con ricos tapices, banderas emblemas y divisas heráldicas.

Mientras se disponía la liza, los caballeros suspendían sus banderas y escudos en las ventanas de las casas que habitaban.

Las damas y caballeros, ántes del torneo, visitaban los blasones expuestos al público. Cuando alguno tenía queja contra el dueño de un escudo, tocaba su timbre para denunciarlo á los jueces de campo, como caballero desleal, declarándole incapaz de tomar parte en el torneo.

Los armarios eran accesorios de la institución caballeresca, y para distinguirlos se pusieron emblemas con esmaltes y adornos; de ahí nació el blasón ó lengua geroglífica que formó la heráldica, cuyas reglas de interpretación recogieron las ciencias y las letras.

La víspera del día fijado para los ejercicios del torneo, los escuderos hacían sus pruebas con armas ménos pesadas y peligrosas que las de los caballeros. Estos preludios á los cuales no se desdeñaban de asistir las damas, se llamaban *pruebas*, vísperas, *escremia*, esgrima; los que se distinguían en estas pruebas obtenían inmediatamente el órden de caballería.

Los torneos exsaltaban todas las pasiones y hacían palpitar todos los corazones.

En el fondo de la liza se elevaban tablados, cerrados y á cubierto de la intemperie. Estos tablados se construían en forma de torres, eran divididos en alojamientos decorados de tapices magníficos, banderolas, bandillas, escudos y banderas. Allí se colocaban reyes y reinas, príncipes, matronas y señoritas; en fin, los antiguos caballeros jefes naturales de aquellos combates á que no debían mezclarse.

Los jueces ó mariscales de campo, los consejeros ó asistentes, tenían sus lugares marcados para vigilar el cumplimiento de las leyes de caballería cristiana, y dar su aviso en caso necesario.

Los reyes de armas y heraldos de armas, que se estacionaban en la arena ó fuera, tenían la misión de observar á los combatientes y de preparar una relación fiel y minuciosa de todas las peripecias del combate.

Podían hablar durante el torneo, diciendo á alguno: "Acuérdate de quién eres hijo."

Por todas partes circulaban sargentos encargados especialmente de mantener el órden, de reponer las armas que se rompian, y á los campeones que caían. Al son de clarines y dulzainas llegaban caballeros y escuderos soberbiamente vestidos y armados, marchando con pausa y magestad.

Las matronas solían entrar primero en la liza, conduciendo con cadenas doradas y plateadas á los caballeros sus esclavos, á quienes no ponian en libertad sino cuando se daba la señal para el combate.

Las damas solían tambien dar á sus servidores una joya, una escarapela, un brazalete, ó simplemente un nudo de listón haciendo parte de la insignia con que el caballero adornaba su casco, su escudo ó su cota de armas, permitiéndole su dama seguirlo con la vista en medio de la lucha, sobre todo al romperse sus armas ó perder parte de su armadura.

Durante el combate, á cada bote de lanza ó espada, los he-

raldos de armas exhalaban un grito de entusiasmo para alentarlos y los músicos tocaban las fanfarrias.

Entre justa y justa, los señores y las damas hacían distribuir ó arrojaban al pueblo menudas monedas que recibía alegremente, gritando: "Largueza ó Noel."

Despues del combate, se hacía público el juicio del torneo determinado por las relaciones de los heraldos de armas. Las damas conducían á los vencedores en triunfo al festin que seguia al torneo.

El lugar de honor que el feliz vencedor ocupaba en aquel banquete, los vestidos preciosos con que se le revestía, los besos que tenía derecho á dar á las más bellas, los poemas y los cantos con que se celebraban sus proezas, completaban aquella fiesta caballeresca, á menudo ensangrentada y embrutecida por la muerte de sus principales actores.

HISTORIA MODERNA.